Los Crímenes
de
Steamfield

Los Crímenes de Steamfield

* * * * *

Alberto Rey

Naullibres

© Alberto Rey

© De esta edición:

Nau Llibres
Periodista Badía 10. 46010 València
Tel.: 96 360 33 36
Fax: 96 332 55 82
E-mail: nau@naullibres.com
web: www.naullibres.com

Diseño e ilustración de cubierta:
Arch Apolar

Diseño del mapa:
Víctor Sifre

Ilustraciones interiores:
Arch Apolar

Maquetación:
Pablo Navarro y Artes Digitales Nau Llibres

ISBNs Nau Llibres

ISBN_papel: 978-84-18047-37-4
Depósito Legal: V-2228-2020
ISBN_ePub: 978-84-18047-38-1

Impresión: Podiprint

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 27204 45).

Para mi abuelo Juan,
mi abuela Maruja,
y mi abuela Consuelo.
No hay día que no sonría
al pensar en vosotros.
Os quiero.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a Pablo, mi editor, por todas las facilidades que me ha brindado durante el proceso y cómo no, a su hijo Diego, uno de los primeros lectores que disfrutó de la novela y que fue de gran ayuda en la toma de ciertas decisiones.

Destacar también a todos los lectores beta, amigos y familiares, que deambularon por las calles de Steamfield y me ayudaron a construir sus cimientos de manera sólida y segura. Gracias a Concha Roncal, mi correctora, por su experiencia y sus sabios consejos. A mis grandes amigos, Jorge y Fer, por su feedback y sus comentarios honestos. A mi padre, Andrés, por las horas al teléfono durante el confinamiento que le sirvieron de mucho al libro y a nosotros. A Lola, mi suegra, por su interés y sus valiosas indicaciones. Al escritor y amigo Carlos Pes, empeñado en demostrarme que todavía quedan personas buenas y desinteresadas en este mundo. A mi madre y a mi hermano, Chelo y Alejandro, por su apoyo. Y a Marta, mi pareja, por creer en mí y apoyarme siempre.

Además, me gustaría reconocer la labor de los artistas que han trabajado en el conjunto del proyecto, tanto de ilustración como audiovisual. Gracias a Apolar por su fantástico trabajo con la portada y con los fondos del booktrailer. A Víctor Sifre, por su maravilloso trabajo con el mapa. A Adrián Piqueras, amigo y el responsable de que te enamores de la animación del booktrailer. A Fer de nuevo, encargado de componer la música de mis proyectos audiovisuales. Y por último a Dani, la voz tan especial que acompaña al audiovisual.

Nota preliminar para mis queridos lectores

Durante muchos meses, esta historia fue encajándose en mi mente como si de piezas de un rompecabezas se tratase, hasta que en marzo del 2020, en pleno confinamiento, decidí escribirla. Fueron días enteros tecleando el ordenador, sin apenas comer y ni dormir. En mis pausas solía compartir los capítulos con mis seres queridos que me recargaban de energía gracias a sus comentarios y ánimos. He de decir que nunca había disfrutado tanto escribiendo y de ahí que pensara en publicarlo.

Los Crímenes de Steamfield cuenta con una mezcla muy particular de géneros. Podríamos decir que la base fundamental es la novela negra (una buena intriga, un recorrido por una ciudad y sus bajos fondos y una sociedad al descubierto), pero también cuenta con pinceladas históricas y con

rasgos de steampunk. El steampunk es un género fantástico ambientado en la época victoriana, donde la tecnología y la industria juegan un papel fundamental gracias a sus avances futuristas. Una de las características destacadas del steampunk son sus fuentes de energía, el vapor y el carbón.

Este género y yo tenemos tanto en común, que era cuestión de tiempo que nos encontrásemos en una historia. Mi pueblo, el Puerto de Sagunto, tiene origen y tradición industrial, y por lo tanto, también buena parte de las familias del municipio están involucradas directa o indirectamente con la fábrica. En mi caso, cuatro generaciones hemos trabajado en la factoría local. Desde niño, mi abuelo me ha relatado sus experiencias como trabajador de la fábrica vieja, un coloso del que ya solo queda su icónico Alto Horno y la Nave de Talleres. Elementos como el carbón, las minas, el gas, las bobinas, las locomotoras, las válvulas, la tubería de vapor, etc. son el legado de aquellas historias y de mi experiencia personal, que se ven reflejadas en el libro.

Índice

Agradecimientos 9
Nota preliminar para mis queridos lectores 11
Introducción 17
Capítulo 1. George Jameson 19
Capítulo 2. El *Daily Jameson* 27
Capítulo 3. El ataque en el Soho 39
Capítulo 4. Caos en el *Daily* 49
Capítulo 5. El boceto criminal 61
Capítulo 6. Medidas en la ciudad 73
Capítulo 7. La densa niebla 81
Capítulo 8. Conversaciones pendientes 89
Capítulo 9. El plan 99
Capítulo 10. Rumbo a la capital 109
Capítulo 11. Las sospechas 119
Capítulo 12. Conversaciones necesarias 125
Capítulo 13. La apertura 131
Capítulo 14. Vuelta a la normalidad 135
Capítulo 15. ¿El Conde es el vampiro? 141
Capítulo 16. Noticias reveladoras 147
Capítulo 17. Evidencias 155
Capítulo 18. El culpable 161
Capítulo 19. Una semana después 173
Capítulo 20. Steamfield 179
Epílogo 181

ROYAL STREET
BARRIO DE HOMY
HOLBORN SQUARE
BARRIO DE LAS TETERÍAS
PRINCIPAL ROAD
OLD COMPANION CEMETERY
DAILY JAMESON
RIVER

Steamfield

BARRIO
DEL
SOHO
THIRD
ALLEY
FISH,
FRUIT
&
FARM
NTRAL
POLICE
QUARE
SECOND STREET
AVENUE

Introducción

En 1875, el Reino Unido se encontraba inmerso en su peculiar proceso de crecimiento nacional, proceso con el que buscaba afianzarse como la primera potencia mundial durante varios siglos. Para ello, el país precursor de la Revolución Industrial, decidió apostar por la ciencia y por un modelo productivo basado en la tecnología del vapor y del carbón. En las décadas anteriores, la creación de canales en las ciudades más importantes, junto con la de los grandes barcos de vapor y la del ferrocarril, facilitaron el auge del comercio y de la industria.

El zepelín fue el ícono de sus ciudades en aquella época victoriana plagada de tecnología, y la alta burguesía usaba chismes y cachivaches -objetos metálicos y sin excesivo valor- en las prendas de vestir para mostrar públicamente el agrado suscitado por aquel momento histórico que les había tocado vivir.

Pero no todas las ciudades se apuntaron a ese auge de la innovación. A unas treinta millas de la capital se encontraba Steamfield, una ciudad que tuvo un incremento notable de la población durante los años de la industrialización, en los que el burgués Culpepper construyó una colosal fábrica al otro lado del río que bordeaba la localidad. Centenares de inmigrantes de los condados vecinos, incluso europeos, fueron a la ciudad en busca de un puesto de trabajo.

A pesar de la fuerte industrialización en el transporte que disfrutaba el país, los únicos vehículos tecnológicos autorizados por el gobernador, Theodore Percy (conocido como «el Conde»), fueron una especie de bicicletas capaces de impulsarse por la quema de carbón, que utilizaban los repartidores del *Daily Jameson*, el periódico local, y eso tras mucha insistencia por parte de la burguesía en modernizar la ciudad, para que los repartidores, niños y niñas en su totalidad, se desplazasen por ella.

En el mes de diciembre, Steamfield sufrió un batacazo: la subida del precio del carbón impidió que la mayoría de los hogares de la clase trabajadora pudieran calentarse en uno de los inviernos más fríos que se recordaban.

—1—

George Jameson

La presión fue subiendo por la tubería plateada, lo que produjo un estridente ruido de hojalata a punto de explotar, hasta que, al final, el vapor salió disparado por el silbato emitiendo un chiflido agudo y ensordecedor. Era hora de levantarse. Andrew, un muchacho moreno, de ojos claros, flaco y desgarbado, salió de la habitación y bajó las escaleras agachado para no golpearse la cabeza con las diferentes tuberías. Saludó a su madre, que preparaba la maquinaria para el desayuno, se puso en la pila contigua e hizo la maniobra con las válvulas para el agua fría. Se lavó la cara y cogió la moneda que había encima de la mesa; luego salió disparado a la calle en busca del diario.

⋆ ⋆ ⋆

Russell, el niño que repartía el *Daily Jameson* desde Holborn Square hasta el High Bridge —el puente más al norte de la ciudad—, siempre ejecutaba la misma ruta: comenzaba

Ambos entraron al *hall* del edificio, un espacio monumental abrazado por dos escaleras en los laterales con cierta curvatura y sinuosos pasamanos de mármol, que serpenteaban dando forma a las escaleras. Frente a estas, Andrew y George se encontraron en la recepción, atendida por una señora de edad avanzada, con el pelo recogido, que disponía de dos artilugios de madera jamás vistos por Andrew. Se fijó en cómo la recepcionista lo empleaba para escuchar y hablar, y Andrew entendió que cada uno servía para una cosa. De fondo, comenzó a escuchar un sonido familiar: máquinas, pero, intrigado por el aparato de comunicación, se lanzó a saber qué era aquello.

— Perdona, George, voy a hacerle caso a mi madre, que me dijo que quien pregunta una cosa es tonto solo una vez, pero quien no la pregunta es tonto para siempre —dijo Andrew con la boca pequeña.

— ¿Qué es exactamente esa cosa, la que se pone al oído? —preguntó con curiosidad.

— Se llama «teletrófono»: es un invento extranjero. Con este puedes hablar con gente que se encuentre en otras habitaciones del edificio sin necesidad de estar cara a cara. Es muy útil para padre y para Margaret, que están perdiendo la forma desde que no se mueven —explicó George con una sonrisa.

— Increíble.

— En el futuro, mi padre quiere expandirlo por toda la ciudad pero, con las trabas que nos pone el Conde, lo veo difícil. Ben Culpepper lleva varios años con un proyecto de ferrocarril para toda la ciudad. Podríamos ahorrarnos las cuestas y ganaríamos tiempo en nuestra vida; además, se produciría el doble. Pero el Conde no confía plenamente en el progreso.

— ¿Culpepper? ¿El mismo que comenzó la reconversión industrial, propietario actual de la fábrica? —preguntó Andrew con fascinación.

— 3 —

El ataque en el Soho

George se marchó a una reunión, y Abby tenía que ir a patrullar por la ciudad, una acción que le producía inquietud a Andrew, ya que rara vez había salido de su distrito, únicamente a la fábrica y al campo. Así que le preguntó a Abby si la podía acompañar, excusándose en que podrían hablar y solventar ciertas dudas. Esta aceptó encantada; no era una ciudad demasiado peligrosa, pero rondar varias horas sola, digamos que no era su labor favorita. Así que, una vez en el *hall*, Abby habló con Margaret y esta le dio una acreditación y le preparó otra a Andrew. Eran unas cadenas metálicas que sostenían una chapa con el nombre y profesión grabados, y al reverso el del *Daily Jameson*. Con estas colgadas al cuello, ambos salieron a Principal Road.

— Imagino que las acreditaciones son por si nos ven en otros distritos de noche —supuso Andrew.

las fuertes vibraciones del exterior, notó que habían abierto la puerta y se giró rápidamente. Al ver a Andrew, le sonrió y le hizo acercarse a su mesa de trabajo, donde desplegó una serie de fotogénicas e ilustraciones del propio Horace. Mediante gestos y señas, Ear le explicó que en el periódico iban a poner ilustraciones famosas de otros números; la última de ellas, una caricatura del Conde manchado de carbón que hacía alusión a la crisis por aquel combustible fósil. La faena de Andrew era caricaturizar a Horace mientras miraba sus propias creaciones y una lágrima caía por su mejilla. Quedó absolutamente prendado de aquel encargo; a pesar del sensacionalismo, era una gran idea con la que empatizarían los lectores. Qué cosas tenía el destino; Andrew, admirador de Horace, ahora iba a dedicarle un dibujo homenaje desde el que había sido su puesto. Se despidieron y Ear siguió con su faena, mientras que Andrew, contento por el encargo y aterrado por el estruendo del sótano, subió las escaleras corriendo a toda velocidad, pasó por el *hall* y subió de nuevo, hasta llegar a su oficina. Allí, se sentó en el despacho interior con la máquina de escribir y el material gráfico, cerró la puerta y comenzó a trabajar. Mientras, Abby trabajaba con la maquinaria para revelar y sacar copias del negativo del fotogénico.

Sobre las seis, Andrew había terminado y pasó al despacho en el que se encontraba su compañera. Allí estaba Abby, con las fotogénicas listas encima de la mesa y adormecida en la silla. Andrew cerró con fuerza la puerta, con la intención de despertarla, sin pretender sobresaltarla, algo que no sucedió.

— ¿Ya has acabado con el artículo y el dibujo? —preguntó Abby frotándose los ojos.

— Sí, terminado —sonrió.

— Vamos a entregárselo a Ear. Después iremos en busca de noticias por la ciudad, pero antes te invitaré a un café —le dijo con una sonrisa.

— 5 —

El boceto criminal

Como si de un *déjà vu* se tratase, Andrew volvió a despertarse con la impresión del golpe del periódico sobre su cara. En una milésima de segundo, varios pensamientos le recorrieron la cabeza: su madre, Joanne; Russell; el nuevo repartidor; las explicaciones que tendría que dar en casa, y Abby. Se sentó sobre el respaldo de la cama con el gesto enfadado, cogió el periódico que le había estampado su madre de manera poco ortodoxa y vio el titular y la foto. Llamó la atención de Andrew (más que la foto del niño sin vida tapado por la sábana, tal y como lo había presenciado) que el texto anunciaba que habían encontrado en su cuello dos agujeros. Sin lugar a duda, era la marca del criminal. La noche anterior, en ningún momento se le había quitado la sábana de encima, seguramente por la brutalidad del ensañamiento sobre su rostro. Tampoco recordó que Frank o el inspector Sallow hicieran hincapié en este detalle. Con seguridad, no quisieron desvelar aquella prueba del crimen, parte de la investigación. Aunque, por lo visto, horas después habían cambiado radicalmente de opinión.

rias colas que había logrado Charles Culpepper vendiendo cruces, tras el aviso del *Daily*, los vendedores del F fueron en tropel a por los ajos. Y no se equivocaron. La ciudadanía de Steamfield, presa del pánico, se arrojaba a las calles de día para conseguir cruces y ajos, y compraban aquello que les aconsejaban desde el *Daily*, secundado por la Policía, la Iglesia y la aristocracia.

Se condicionó las vidas de miles de personas, que prefirieron protegerse del vampiro antes incluso que comer una o dos veces al día. Los comercios del Soho tuvieron que adelantar su horario, y algunos optaron por cerrar hasta que consiguieran coger al vampiro. El índice de criminalidad subió tanto que la Policía no daba abasto, los calabozos estaban repletos, y tuvieron que pedir ayuda a la capital mediante la Royal Mail, el servicio de mensajería del Reino Unido. Pero Londres no andaba sobrada de agentes, y nada pudieron hacer por Steamfield.

La reunión iba a comenzar. Los hombres más poderosos de Steamfield se encontraron en la sala de reuniones del ala norte del palacete del Conde, en Royal Street. Al final, dadas las circunstancias, hubo invitados de última hora. Además de los Culpepper y sus consejeros y los Jameson, el Conde decidió invitar al padre John, para recuperar su exclusividad, y al inspector Sallow, con el que apenas había coincidido en los dos años y medio que llevaba al frente de la Policía Metropolitana de Steamfield. Quería saber en quién podía confiar si empezaba una guerra contra los nuevos empresarios. Cumpliendo el horario establecido, a las tres dio comienzo la reunión. El tema principal era la subida desmesurada del carbón, la materia prima que permitía dar energía a la fábrica y a los hogares de la ciudad. Ben Culpepper era un hombre de mundo, sabía perfectamente cómo tratar con el Conde. La semana anterior le había mandado una carta al gremio de los carboneros del condado. Quería saber si aquella subida era legal y qué podían hacer ellos al respecto, pero no había recibido respuesta y había

— 7 —

La densa niebla

La ciudad de Steamfield estaba amaneciendo, a pesar de que no lo pareciese. Eran cerca de las ocho de la mañana y las calles todavía estaban desiertas. Las chimeneas de los hogares expulsaban un humo negro como hacía semanas que no se veía. El silencio reinaba con calma por las calles, hasta que, poco a poco, desde el interior de las casas fue subiendo la intensidad sonora. Empezaban a escucharse los primeros silbidos producidos por el vapor, la insistencia de los padres al despertar a sus hijos en las camas, las manetas del agua que se abrían y cerraban, y las tuberías que ofrecían su usual concierto matutino. Las primeras puertas de las casas se abrían y el tiberio que esto producía iba *in crescendo*.

Los primeros gritos de alarma llegaron acompañados de toses secas. Andrew dormía plácidamente hasta que un fuerte golpe lo despertó. Tan rápido como pudo, se incorporó de la cama y llamó a su madre en voz alta. Al no recibir respuesta, no se lo pensó dos veces y salió de la cama con

ayuda. Con una camisa atada a la nuca, que les tapaba la nariz y la boca, habían salido a la calle para recoger a los pobres trabajadores que con la vista alcanzaban a distinguir, ya que cada vez la niebla era más densa y les había sido imposible identificar a los transeúntes. Habían podido meter un total de siete hombres en el interior de la casa, de los cuales uno había fallecido a causa de la larga exposición sufrida. También le contó a Andrew lo del Orfanato San Lucio y que los que se refugiaban en los almacenes de la fábrica, en su totalidad, eran familias empleadas. Al ser una cadena tan grande, que exportaba al exterior, no podía bajar demasiado la producción, ya que esto podría suponer el cierre en un futuro. Así que los trabajadores primordiales, para sacar un sesenta por ciento de la producción, tenían que seguir trabajando con unas escafandras. Esto a Andrew le pareció muy ingenioso por parte del gerente Culpepper, pero Abby le hizo una pregunta que jamás olvidaría durante el resto de su vida.

— ¿Qué es más fácil, recuperar la economía de la ciudad o revivir a una persona muerta? —preguntó muy seria Abby.

Andrew acababa de entender perfectamente el significado de aquello, que cambió su punto de vista de manera radical. Ni todo el oro del mundo podría devolver a su madre a la vida. Cabizbajo, asintió a Abby.

— Andrew, ¿te importa si te hago una pregunta con total confianza? —preguntó, cauta.

— Claro, Abby, adelante.

— No puedo entender que, siendo un chico joven, no conocieses Steamfield hasta que me acompañaste hace una semana a hacer la ronda. También he observado que no tienes la placa con tu nombre en el despacho. Bueno, para no mentirte: George me contó que tenías dudas con tu apellido. Además, debemos ser de la misma edad prácticamente y

— 9 —

El plan

Andrew no descansó aquella noche. Se despertó varias veces por culpa de las pesadillas, que tenían como protagonista a Joanne. Cuando todos los miembros que iban a llevar a cabo el plan se despertaron, él ya llevaba un par horas sin poder pegar ojo. En el despacho de Frank, se reunieron el propio Frank, George, Abby, Michael, un par de hombres que trabajaban en la fábrica, y el propio Andrew. Tomaron la palabra los Jameson, que explicaron al grupo sus intenciones, que no eran ni más ni menos que ir a los almacenes de la fábrica y coger el material pertinente para poder montar el teletrófono desde el *Daily* hasta la comisaría de la Policía Metropolitana. El objetivo primordial de la misión era poder comunicarse con este edificio que albergaba a vecinos de aquella zona, dirigidos por el inspector Sallow. Para sumar fuerzas e intentar salir de aquella situación macabra, necesitaban coordinarse. Sin duda alguna, era una idea brillante, si no fuese por el riesgo que corrían al salir a la calle. Cuando conocieron el plan, los dos trabajadores de la fábrica pusieron trabas a la incorporación de Abby al grupo, pero fue el

llo. Por cierto, ¿no tendrás una de las fotogénicas que le sacaste? —preguntó con interés Andrew.

— Claro, las tengo todas en ese cajón —afirmó señalando la ubicación. Se levantó y fue a por ellas.

— Por muy desagradable que nos parezca, creo que es interesante que volvamos a repasar todo el material que tenemos —dijo Andrew. Abby expuso las fotos sobre la mesa del despacho.

— Agujeros, me acuerdo de que no había demasiada sangre, la posición retorcida… pero ¿esto? —dijo cogiendo una fotogénica de cuerpo entero—. ¿Qué es esto? No me suena haberlo visto en el periódico.

— La foto del periódico era de cintura para arriba. Eso que ves junto a sus pies es un estuche metálico. Ahí guardaba sus plumas y lapiceros Horace —contestó Abby.

☆ ☆ ☆

Cuando fueron a hablar con el inspector Lestrange y se adentraron en la comisaría, George y Michel notaron que el nerviosismo entre los agentes era palpable. Al llegar a la puerta del despacho, la golpearon un par de veces, y una voz ronca los invitó a pasar mediante un grito. Lestrange era un hombre desgarbado, muy alto, con un bigote poblado y con unas ojeras excesivamente marcadas, que denotaban la falta de descanso. Parecía un hombre muy irascible, que tenía el ceño fruncido y una mirada colérica. George, ante tal situación, prefirió que hablase Michael. El inspector Lestrange lo escuchó, aunque parecía ausente, mientras bebía café de manera compulsiva. Cuando el agente de Steamfield terminó su alegato, el inspector Lestrange, exacerbado, comenzó a soltar improperios hacia el inspector Sallow. Él no tenía jurisdicción fuera de Londres y, según les dejó caer, no tenía

— 11 —

Las sospechas

Al llegar al *Daily*, lo primero que hicieron fue hacer la llamada de control y contarles a Frank y a Sallow todo lo que les habían pasado en Londres. No habían conseguido absolutamente nada, a ojos de sus superiores, pero Michael no paraba de insistir en la extraña forma de comportamiento del humo de las chimeneas, un humo que sus propios ojos y los de George vieron cómo, en vez de subir, formaba parte de la densa niebla que ocupaba la ciudad. De mala gana, cedió los aparatos de comunicación a George tal y como se le pidió desde el banco y se fue del teletrófono a buscar un lugar tranquilo, donde pudiese pensar y desenfadarse. Sentía que lo habían ignorado y que no valoraban su opinión.

A la mañana siguiente, Andrew y Abby buscaron a Michael por el *hall* y, al final, lo encontraron en la primera planta, justo en el lado contrario de su despacho. Estaba tirado en el suelo, mirando hacia el techo, con un brazo bajo su cabeza y las piernas flexionadas. Al notar la presencia de

Guardando las distancias, la espontánea procesión llegó a Old Companion Cementery, a una milla de High Bridge. Conforme iban llegando, las familias buscaban un lugar en el césped y aguardaban a que cavaran el agujero. Fue tal la masiva llegada de gente que la mayoría tuvo que enterrar a sus fallecidos en el exterior del cementerio.

A la una y media, habían enterrado a Joanne y habían dejado sobre su tumba una roca con su nombre grabado para poder identificarla: *Joanne Anderson*. Andrew volvería con una lápida bien tallada más adelante. Ahora solo pensaba en descubrir al culpable, desenmascarar al vampiro, que tanto daño había causado en Steamfield. Después de aquello, se dirigieron al *Daily*.

— 14 —

Vuelta a la normalidad

Los días posteriores a la apertura fueron días negros y, a pesar de ellos, la ciudad necesitaba volver a levantarse. Lo único que no había cesado su actividad era la fábrica, que había tomado la medida de trasladar a un alto porcentaje de sus trabajadores y a sus familias al recinto. Al tercer día, ya no quedaban cuerpos tirados por las calles, todos estaban correctamente enterrados, pues los que no fueron reclamados a las cuarenta y ocho horas, los sepultaron en fosas comunes con cal en la nueva extensión del cementerio. Poco a poco, la actividad económica, impulsada por la burguesía, comenzó a relanzar barrios, como el de las teterías, el distrito F e, incluso, el pequeño comercio que se encontraba en Second Street.

De nuevo, el aristócrata que regentaba Steamfield, Theodore Percy (el Conde), había dejado una carta sin contestar. Se trataba de una propuesta por parte de Culpepper y de

— Pues podríamos decir que no tiene por qué ser cierto. Que hayan visto al vampiro, digo. En las diversas ocasiones en que la Policía ha puesto un anuncio en el *Daily* porque necesitaba la colaboración ciudadana, ha habido una respuesta relativamente alta. A veces, también coincidían la mayoría de los relatos. Hay gente que viene por las recompensas simbólicas que otorgamos; muchos de ellos, con falacias. Pero hay otros que tendríais que verlos cómo relatan los hechos, con una convicción que asusta.

— Entonces, ¿es real? —preguntó Andrew.

— Pues no tendría por qué ser real. Se ha registrado, a lo largo de varios siglos, una especie de histeria colectiva, como he dicho antes, que incluso puede afectar al organismo. Las personas sufren esta respuesta ante los fenómenos desconocidos por la ansiedad y el miedo que les producen. Alteran la realidad y viven unas experiencias que han conocido por familiares o vecinos —concluyó Michael su explicación.

— Eso es imposible —dijo Abby.

— Bueno, es la información que nos llega de los casos que conocemos en los que ha estado implicada la psiquiatría —respondió Michael.

— Quieres decir que ha sido una especie de ilusión masiva, ¿no? —insistió Andrew.

— Podría decirse que sí; ya lo vas entendiendo —rio Michael.

— Imagino que esta información la controla Sallow —dijo Abby mirando al agente.

— Lo cierto es que debería. Es un caso que, por su importancia, está llevándolo él solo y comparte poca información. Además, estoy apartado del caso, como sabéis, por mi vinculación con Arthur.

— 16 —

Noticias reveladoras

El *Daily* de aquel día no pasó desapercibido para la población. Las esquinas de Steamfield estaban llenas de gente que clamaban por una revuelta, por un linchamiento de la persona que los había hecho sufrir por la crisis energética, después con la serie de asesinatos y, por último, con la niebla mortífera. Los sindicatos de los distintos oficios de la ciudad improvisaron rápidamente una revuelta a modo de manifestación para aquella misma tarde, que saldría de Central Square y llegaría hasta Holborn Square. Era una gran oportunidad para los sindicalistas, que, motivados por acrecentar su popularidad, se mostraron más fieros que nunca.

A las tres de la tarde, como de costumbre, Andrew y Abby empezaron a montar el calotipo en el despacho. Casi una hora después, George entró para reunirse con ellos.

— Buenas tardes, hoy nos vamos a la calle. Vamos a cubrir la manifestación que se ha convocado a

empeña Ear. Han intentado anteriormente ponerle aprendices a su cargo, pero acaban desistiendo siempre. Además, ella por las mañanas, como ya te habrás dado cuenta, se encarga de organizar y distribuir los periódicos a cada repartidor por la ventanilla. Es un valor que no pueden perder. Por eso mató a Russell, para asustarla —argumentó Abby. Un silencio se hizo en la cocina.

— Vamos a ver, creo que acabo de encontrar la clave para poder entender todo este embrollo. Y no es ni más ni menos que el carbón. Claro, ¡qué ciegos hemos estado! Cuando todo esto empezó, nos encontrábamos inmersos en la crisis del carbón, y el Conde había subido los precios para perjudicar a Culpepper y a Jameson. Pero cientos de hogares se vieron afectados, ya que en pleno invierno no pudieron calentarse por el alto coste. Y, más tarde, los burgueses consiguieron comprar carbón más barato. De este modo, Steamfield en unas horas comenzó a consumir una altísima cantidad de este combustible que, junto con el anticiclón, crearon la tormenta perfecta —explicó Michael, que iba asimilando aquello que había salido por su boca.

— Y, justo en mitad de la crisis, suceden los asesinatos. Quizá buscaban poner a la población de su parte con las publicaciones del vampiro, como hicieron ayer, y así poder presionar al Conde —sugirió Andrew.

— No creo. Desde un poco antes de la crisis, Culpepper y Jameson han despotricado contra el Conde, y viceversa. Es un juego de poder. Creo que sí han estado utilizando el *Daily* como instrumento político, pero no entiendo demasiado bien algunos comportamientos. Por ejemplo, el día que podían publicar lo de los más de cien casos que habían visto al vampiro, nos manda a la fábrica a entre-

— 18 —

El culpable

Las campanas resonaron por Steamfield en el momento preciso en el que Michael salía de la comisaría. Miró el reloj, que marcaba las diez en punto. Se ajustó el casco de policía en la cabeza y se dirigió a casa de Andrew. Después de varios minutos de caminata, tocó a la puerta. Inmediatamente, como si lo estuvieran esperando con ansia, esta se abrió.

— ¿Has visto el *Daily* de hoy? Han convocado una nueva manifestación. —Andrew le estampó el periódico en la cara al agente, que lo cogió y leyó: «Continúan las manifestaciones. Hoy en Holborn Square a las cinco y media de la tarde». La portada era la foto del hombre que había emprendido el discurso encima de la fuente. Debajo acompañaban tres imágenes de menor tamaño sobre la carga con bengalas por parte de la Policía: mostraban a la gente corriendo despavorida y a los agentes disparando.

Andrew había tenido pesadillas con un vampiro que se transformaba en George e intentaba apuñalarle. Despertó gracias al chiflido producido por el silbato de su habitación. La tristeza lo envolvía en aquella casa. Se sentía tan solo. Se aseó con rapidez, se vistió y salió a la calle con la esperanza de recobrar la ilusión. Habían quedado en casa de Abby para desayunar, y eso era motivo de alegría: volver a encontrarse con sus amigos después de todo lo que habían pasado juntos las últimas semanas. Pero en la calle, en el ambiente de la ciudad, se podía palpar la incertidumbre. Cuando se giró desde Principal para observar la fábrica, vio por primera vez en su vida que las chimeneas no abocaban toneladas de humo. La fábrica estaba parada, y lo mismo sucedería con el *Daily*. Sentía una sensación agridulce, incluso de culpabilidad. La ciudad había parado, con lo que eso le supondría a la ciudadanía económicamente, gracias a que él y sus amigos habían resuelto el caso. Pero también se sentía feliz por haber vengado a las víctimas y haber encarcelado al culpable. Con la cabeza ocupada, absorbido por aquel dilema, llegó al portal de Abby.

Michael les comentó el peculiar ascenso que le había ofrecido Sallow, y a los jóvenes les cayó como un jarro de agua fría.

— ¿Resuelves el caso y así te lo paga Sallow? Creo que te quiere lejos para que no le hagas sombra —dijo molesta Abby.

— Ya nos ha quedado claro que los vampiros existen, solo que no tienen la forma que nos contaban en el *Daily* —rio el agente.

— Creo que deberías tomar medidas, Michael —contestó con sensatez Andrew.

— Pues, si Michael se va, yo me voy también. Y tú también, Andrew. Nos podríamos montar un despacho de detectives privados, como el de Londres. ¿Qué me decís? —dijo Abby entre risas.

— 20 —

Steamfield

Parecía que las últimas semanas habían revolucionado Steamfield, pero lo cierto es que, a pesar la crisis del carbón, del vampiro y de la densa niebla, había cosas que no cambiaban.

Charles Culpepper, hijo mayor de Ben, se ajustaba el lazo de la pajarita con elegancia. Pronto comparecería ante todos sus empleados para comunicarles que él se encargaría de continuar el legado de su padre al frente de la fábrica. Todo un reto con el que había soñado desde niño, pero que se le había presentado antes de lo esperado. La muerte de su padre y su maquiavélico plan junto a los Jameson había causado gran conmoción en la familia.

Después de mucho discutir, los pocos trabajadores del *Daily* que veían posible hacer una cooperativa se pusieron de acuerdo en los estatutos. Tendrían que buscar un local accesible económicamente y, desde allí, empezarían a publicar periódicos de calidad. Ear, junto con Margaret, fueron

ama de llaves, y salió con cierta prisa. Nada más salir, un agradable olor a cebada le recibió en la calle abarrotada de transeúntes, a los que, en ese preciso instante, Michael se encargaba de proteger. Tras varias yardas, llegó al cruce de Princes Street. Dudó si coger el transportador, un invento que la Corona estaba implementando en las capitales más importantes del país. Aquella especie de ferrocarril de una sola cabina, con una capacidad para veinte personas, subía las considerables cuestas de New Town a Old Town en apenas dos minutos. Pero Andrew, que en el fondo mantenía ese carácter retraído, herencia de su infancia, prefirió subir andando en vez de coger el transportador. El clima también fue relevante en la decisión: el cielo se mantenía encapotado, pero no lloviznaba. Mientras subía fatigado, contemplaba los jardines majestuosos que se encontraban a los pies del Castillo de Edimburgo. Eran un icono de la ciudad, donde los intelectuales solían ir a debatir sobre sus temas en un ambiente más limpio y natural.

Por fin, después de ascender por las cuestas y escaleras, Andrew llegó a la Royal Mille. Cogió aire y, al alzar la cabeza, vio un corro de gente alrededor de un policía. Este recibía instrucciones de un hombre que debía ser muy poderoso, por su estilo impecable y por la seguridad con la que le hablaba. El policía asentía sin rechistar. Segundos más tarde, reparó en el cadáver que descansaba a los pies de los hombres. Junto a él, otro policía de mediana edad garabateaba en una libreta con carboncillo. Inmóvil, a Andrew se le perdió la mirada en aquella escena, que tanto le recordó la frase «Necesitamos que hagas un retrato del asesino para difundir. Va a ser la portada del *Daily*», que le había dicho Frank Jameson. La gente lo esquivaba con dificultad, pero él no era consciente de ello. Apenas veía, pero se sumergió en sus pensamientos que, de manera frenética, se sucedían por su mente de manera involuntaria. Andrew comenzó a sustituir a los policías allí presentes y empezó a ver con nitidez a Sallow; a Frank y a su hijo, a George, y a una figura que no lograba distinguir, hasta que, al final, lo identificó como el